

No me acuerdo de cómo me llamaban cuando yo era una niña. Será que no quiero acordarme, ni de quién era yo, ni de cómo era el otro mundo tan diferente a este que yo parí. lo puse con mi boca, a través de los palabaras que salían de ella y de la lengua-serpiente que los vestió de sonido. Le di vida a este mundo mío, al nombrar las cosas que en él habitaban, humedeciendo cada una de los palabaras con el agua de mi saliva y anopandola con la tierra negra de los trazos que construyen este amortli y que desmienten lo que han dicho de mí Hernando Cortés, Francisco de Gomara, Francisco Cervantes de Salazar, Andrés de Tapia y Bernal Díaz del Castillo y todos los demás hombres que presumieron conocerme aunque no saben nada. No recuerdo cómo me llamaban cuando yo era una niña, pero si recuerdo que nunca fui esclava, que nunca me vendieron, ni me regalaron. Naci en Pajinala, al sur de Coatzacoalcos, un lugar que



pertenece a la comunidad de Oluta. Mi madre, mi nana como le decía en aquel entonces, era una noble de aquel lugar y mi tata, mi padre, un adelantado merca, enviado desde Tenochtitlan para allanarle el terreno a Motecuzoma mediante su matrimonio con mi nana.

Fui hija única, hasta que mi tata
murió y mi nana se unió a mi pa-
diastro. Con él tuvo a mi medio
hermano. Lo adoraban por en-
cima de todas las cosas y entendí
que no iba a ser yo la que hereda-



ria los bienes y la posición de mi
familia. Decidí irme, en cuanto
mi edad me lo permitiera, a Xico-
lango a aprender el oficio de hozu-
lito, una ocupación digna y respetable
para una mujer de mi rango.
En Xicolango, con su gran trinquis
y siendo uno de los ejes comerciales
mas importantes, conocí a Tab-
iscoob, el señor de los ocho leones y
me fui con él a Potonchan. El señor
se deleitó con el hecho que yo ho-
blaba el nahuatl (única herencia
de mi padre) y popoloca (último
regalo de mi madre).

Fui bien recibida en la corte de Tab-
iscoob y si bien no llegara como su
primera dama, a la medida
que lograba apoderarme del ma-
ya, también me iba ganando su
confianza. Le hacia gracia expe-
rimentar cómo los sonidos que
emitía mi boca hacia aparecer
los cosas frente a sus ojos intencios
mientras hablabamos. Hablabla-
mos mucho y me enteré de lo in-
soportable que él sentía el yugo de
los mexicas, que periódicamente pe-
dían tributos de viveres, mercancías



y jóvenes para ser sacrificados en
los templos de Tenochtitlan. Y
Tabiscoob tenía las manos atadas.
Su ejército era fuerte pero no lo su-
ficiente para poder oponerse al
de Motecuzoma. También care-
cía de aliados. La mayoría de los
pueblos temían a los mexicas y los
Castiltecos, aquellos hombres bar-
budos y malolientes llegados del
mar, tampoco prometían ser
de gran ayuda.

En el encuentro con Juan de Grijalva este tuvo la insolencia de decirnos que su señor, Carlos Quinto, nos quería tener como sus vasalllos.

Tabscoob se respondió que vivíamos muy felices, que no necesitábamos de su señor y que si quería conservar nuestra amistad, que se marchara. Grijalva se fue, pero al poco tiempo llegó otro castilteca, cuyo nombre era Hernando Cortés. Para entonces Tabscoob ya habría perdido el interés en establecer relaciones con aquellos hombres.

No eran más bienvenidos. En respuesta, Cortés inició una batalla en el Llano de Cintla, en donde los 400 hombres castiltecas acabaron con muerto ejército de 40000 guerreros. Esto se ha de haber debido a sus potentes armas: vimos palos que encienden fuego y humo y matan a una grandes distancias; vimos espadas negras de gran alcance y capaces de tumbar árboles centenarios; también vimos una especie de venados grandes y musculosos, a cuyos

lomos ellos se subían, dándoles órdenes fáciles que las bestias obedecían. Los cuerpos y los cabeces de los castiltecas estaban cubiertos de un metal parecido a la plata y en la mano llevaban pa los planos del mismo metal, tan finos como nuestra obsidiana. Cuando finalizó la batalla, Tabscoob estaba abatido. Pero las cosas son como lo nombramos. Y si en vez de humillación decimos: oportunidad, combina no sólo el sonido, sino la realidad misma.



Eso fue lo que le dije. Y si nos fiamos del armamento de los Castiltecas, le pregunté. Sus potentes armas nos podrían capacitar a ponerles un alto. Los mexica. Hagamos que Cortés y sus hombres marchen contra Tenochtitlan y lo denoten por nosotros. Sólo hay que darle una buena razón para hacerlo. Y esta razón es el oro, porque es mucho rumores que hablan de que el oro es lo que mas pretenden los Castiltecas. Le faremos ver que encontrará mucho oro en Tenochtitlan. Y así fue que nació la leyenda de que en Tenochtitlan hasta los techos son de oro puro.

Al poco tiempo Cortés emprendió el viaje, no sin antes recibírme a mí y a mis 19 damas de compañía como disque regalo de los vencidos. Yo tenía que acompañar a los castiltecas para cuidar que nuestro plan se llevaría a cabo debidamente. Ellos no dudaron en aceptarnos, pero sí noté una chispa de desconfianza en los ojos de Hernando, la cual lo llevó a no quererme demasiado cerca, "asignandome" a uno de sus Capitanes, Alonso Hernández de Portocarrero.

Primeros nos sometieron a una ceremonia que ellos llaman bautismo, ritual en el cual todas recibimos un nombre cristiano para que pudiera reconocernos su Teotl principal. El se llama Dios y tiene un hijo, al que le dicen Jesucristo o Jesus o Cristo. Su madre es María, pero no es la esposa de Dios, sino de un teotl menor, José. No obstante, ello no parece importarle demasiado a Dios, que tiene a María como Reina y consiente que los castiltecas adoren más a la imagen de ella que la de él mismo.



Con el nombre cristiano al que me bautizaron - Marina - quedé muy complacida. Si bien me dijeron que Marina significa "la que opera el mar", lo cual es cierto, también es cierto que Marina se asemeja a María, la Reina. Me sonrío a mis adentros. Sin saberlo, los castiltecas me rendieron el mayor de los respetos. Tanto me agradaba mi nuevo nombre, que decidí olvidarme del que hasta ese instante había llevado. Yo ahora era Marina, Malina como pronunciábamos nosotros, y muy pronto todos me dijeron Malintzin, la señora Marina.

Después del Gauntismo espere muchos días, semanas, lunas inclusive, como sólo nos otras las mujeres sabemos esperar, aprovechando el tiempo para familiarizarme con los costumbres y el lenguaje de los castillecos y con los objetos que llevaban con ellos. Los que más me gustaron eran estos: la vela, un fuego portátil y domesticado, que la función de alumbrar la noche y de determinar jerarquías. Entre más velas acompañan a un personaje, más importancia se le daba. También me gustaron aquellas placas color de plata que reflejan cuanto se les pone en frente. Les dicen espejos y se parecen un poco a las obsidianas pulidas.



Para comer trajeron unos animales de escaso pelaje que llaman puerco. Dispiden un olor parecido al de ellos mismos. Los caballos son unos seres majestuosos y sigo considerando la posibilidad de que son, en realidad, nahuales, porque en la batalla actúan como si conocieran las estrategias militares previamente acordadas por los capitanes. No obstante, solo se portan obedientes y dóciles cuando tienen a un jinete encima. Los caballos tienen nombres y los españoles no se los comen.

A diferencia de los gallinos, que son una especie de huendotti pequeño. Su carne se asemeja al sabor de una iguana asada. Su tonalli es dulce y cariñoso y me quedé con dos de ellos que me siguieron todos partes. Nacieron de un solo huevo y los puse Guadalupe y Tonantzin en honor a las madres divinas.



También hice amistad con algunos del grupo. Sobre todo con Melchorero, oriundo de Punto de Cotoche que fue capturado por ellos algún tiempo atrás. Trataron de enseñarle a hablar el castellano, pero el pobre es carpintero y entendía muy poco de lo que ellos trataban de decirle.



Diciotemía que alguien notara sus deficiencias y no veía la hora de fugarse antes de que lo mataran. Melchorrejo me enseñó mis primeras palabras en castellano. Había otro traductor, llamado Jerónimo de Aguirre. Era un naufrago castellano que habría sido prisionero de los Mayas de la costa durante muchos años y de ahí sus tatuajes tan bellos como misteriosos. Jerónimo sabía mucho de la religión cristiana y me hablaba de ella mientras avanzábamos hacia lo que luego sería la Villa Rica de la Vera Cruz, pasando por Zempoala, Xolapa, Nicachimalco, Atlixco, Tzitzimatlán, Tzompantzingo y Tepeztipac. En el transcurso del viaje nos encontrábamos cada vez con más emisarios mexicas que Mo-

tecuzoma enviaba para evitar que prosiguiéramos a Tenochtitlan. Con ellos, que hablaban náhuatl, Jerónimo no podía comunicarse. El solo mente dominaba el maya Así que llegó mi hora. Me convirtí en la principal traductora o faraute o, como me llamaba Hernando: su lengua. Lengua, decía él, para convertirme en parte de su cuerpo, para sentir que me poseía y dominaba, para dar a entender que él mandaba y yo obedecía. En realidad él fue el rey. El no entendía la magia que se despiende de la lengua y del agua de la saliva ni su poder de crear realidades y mundos enteros, como el que yo hice aparecer poco a poco.

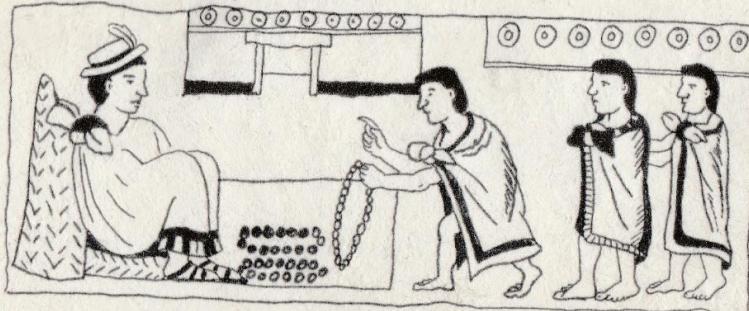


Hasta la fecha los Españoles siguen creyendo los responsables de la caída de los Mexicanos manifestando esto en sus escudos, carteles y libros. Nunca entendieron que fueron una ficha de ajedrez en un juego mucho más grande. Creen haber logrado la conquista de los Mexicanos gracias a su Dios, o la alta tecnología de sus armas y la inteligencia del Capitán, quien, según creían, habría sobido valerse de mí, para ganarse a los Tlaxcaltecos, los Otomíes, los Compostecos y otros más como aliados. A su Dios lo recompensaron bautizando a quien se dejara,



pero cómo se iba a negar alguien en sus sano juicio a añadir a otro teotl a los que ya tiene, si sabemos que entre más apoyo dámolo, mejor. En cuanto a mí, Hernando tuvo que aceptar que la gente nos llamara a ambos Malintzin como si fuviéramos una sola entidad. Ellos bien sabían que lo que mandaba, era yo. Era yo la Hatoaní porque era yo la que tenía la palabra, mientras él fue, con sus armas, sólo el brazo ejecutor, si bien yo también participaba en los batallas. Fueron muchos y fueron atroces. Finalmente cayó Tenochtitlán.

Me instalé en una casa de piedra, construida con el tezontle de los templos destruidos, al sur de la gran ciudad. Allí tuve a mi hijo, Martín, a quien concebí aún tomando el axoxoquilitl. Mi nueva condición de madre no me impedía seguir cumpliendo con mis funciones y aunque cada vez se me solicitaba menos como faraute y traductora tuve a mi cargo sobre todo la recepción y la administración de los tributos, que a mi pesar se seguían exigiendo y pidiendo, aún después de vencidos los Mexicas, muertos sus gobernantes, castigada su nobleza y sustituidos sus funcionarios.



Pero mi poder era frágil por lo que decidí contraer nupcias no con Hernando -cuya primera esposa Catalina amonció muerta después de una disputa marital- sino con el capitán Juan Jaramillo en aquél malventurado viaje a las Hibueras, al quererlo me había rehusado ir. Tuvimos una hija, María, mi Reina.

Para tí escríbí este amoxtli. Para que sepas y divulgues la verdadera historia sobre quien fui yo. Yo, la autora intelectual de la conquista de Tenochtitlan y la responsable de su ejecución... Yo, la que quería más justicia y finalmente fracasé porque no la logré, porque las cosas se me salieron de las manos. Por haberme cansado de luchar, por mi condición de mujer, por haberme convertido en madre, o simplemente por haberme ido a destiempo.

